

EL TEJEDOR DE SEGOVIA.

Decapitado el alcaide de Madrid Beltran Ramirez, y perseguido su hijo D. Fernando, por haberles imputado falsamente tratos alevosos con el Rey moro de Toledo, falsedad que, por malquerencia, inventaron el Marqués Suero Pelaez y su hijo el Conde D. Juan, hubo el D. Fernando de sustraerse más que al brazo de la justicia, á la persecucion de sus enemigos. Al efecto, se escondió, disfrazó y puso á oficial de tejedor, bajo el nombre de Pedro Alonso, esperando del tiempo y de los sucesos, ocasion de vindicar la memoria de su padre, y de esclarecer su propia inocencia. Reducido así á condicion oscura y apartado de su sociedad nativa, habia visto correr siete años, aguardando dias mejores, sin otra compensacion á su desgracia y aislamiento, que el tierno amor de una mujer (Teodora) á quien habia resuelto enlazarse. Estaban juntos una noche en casa de ella, cuando aparece el Conde D. Juan; quiere casi tomarla por asalto, y manda que el tejedor salga de allí, inmediatamente. Obligado éste por la demasia de la exigencia y la fuerza de las circunstancias, trábase de palabras con el Conde, quien acaba por darle un hofeton. Tira Pedro Alonso de la espada, le pone en fuga y le mata á sus dos acompañantes. Echase sobre él la justicia: sucumbe al número y es llevado á la cárcel. Temeroso entonces de que su ofensor quisiese, como vulgarmente se dice, hacérselas pagar todas juntas, se escapa con los demas presos, que le ayudan y á quienes capitanea: busca á su querida

y huyen adonde pueda defender su libertad. En la carrera de aventuras que emprenden, tropieza con el Conde en una casa de campo, se dá á conocer, cuenta cómo se salvó, le pide satisfaccion de sus agravios, se bate con él cuerpo á cuerpo, y le mata en buena lid. Prosiguiendo en sus correrías á la cabeza de su partido siente un tropel en un camino; oye gritos y estruendo de armas, y se encuentra una batalla entre moros y castellanos, en que éstos llevan lo peor; pónese de su lado con su gente y les dá el triunfo más completo. Hecho lo cual, retrocede y arremete al caudillo de las huestes Reales, Marqués Suero Pelaez, á quien se descubre, le refiere su historia, le echa en cara su falsía, le arranca importantísimas confesiones y le mata en caballeroso combate. El rey, que desde cierta distancia, se ha enterado de todo y ha oído al moribundo proclamar la inocencia de los Ramirez, perdona al Fernando y sus compañeros y le devuelve su gracia.

Hé aquí los rasgos que más expresivamente trazan la vida del héroe que vamos ha examinar. Concurrencia de personas de alta y de baja esfera al parecer, afrentosos ultrajes, amores perseguidos, honras mancilladas, rondas nocturnas, cuchilladas, calabozos, escalas, fugas, cambios de lugares, muertes, bodas; en una palabra, cuanto puede constituir el fondo y la forma del drama más opuesto á la legislacion clásica, se encuentra en el presente.

El pensamiento que de tan compleja variedad se desprende, es: que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague; que la justicia divina no siempre aplaza sus sentencias para la otra vida, pues á veces las fulmina en ésta, y aún diputa, para ejecutores, á los que habian sido víctimas. Y con efecto, las catástrofes del drama; la muerte del padre y del hijo, más son hechos providenciales, que actos humanos, en cuanto no responden á un fin que se propusiera D. Fernando; no son remate de una obra que llevase pre-dispuesta y trabajada. Si él no hubiera recibido del Conde el bofetón, que le hizo acuchillar, y caer preso, y huir, y en-

contrar en esas aventuras, primero al hijo, en una casa de campo, y luego al padre en la guerra, no hubiera muerto á ninguno de ellos. De consiguiente esas muertes, como los encuentros que las ocasionan, no fueron previstas ni calculadas ni traídas por el héroe, el cual sirvió por lo mismo á la justicia de Dios, no á su propia venganza.

Y que presentarle tal era el propósito del autor, no hay que esforzarse en probarlo: basta recordar la novelesca marcha de la accion, la acumulacion de móviles que la impulsan y hasta la doble catástrofe que la termina. Si hubiera querido pintar meramente las consecuencias de un crimen, ó el cuadro de una venganza, bastábale aducir y representar uno, cualquiera, de los agravios que habia recibido. La calumnia que llevó al cadalso á su padre: la deshonra que le hizo envenenar á su hermana: el bofetón que recibió, á presencia de su querida; cada uno de estos hechos por sí solo, sin otro auxiliar, ni aliado, se prestaba á informar un drama de movimiento, interés y finalidad bien plausibles, por tremendo que fuese, pues cabalmente en España, no sólo la moral dramática, pero hasta la social, han disculpado y aún impuesto, como deber á veces, sangrientas reparaciones. Cuanto más que para encomendar á D. Fernando la debida á su padre ó hermana no necesitaba, ó mejor dicho, hubiera hecho mal Alarcon en presentarle influido por motivos personales, que habian de rebajar y disminuir la entereza y calidad de su merecimiento.

De no juzgar con este criterio resultaria la accion confusa, la unidad débil y D. Fernando achicado. Pero de juzgar con él, ¿no será ménos humana y en lo tanto ménos dramática la accion, puesto que la intervencion de la Providencia vendria á cohibir ó cercenar en algo el libre albedrío, que tan abultado debe presentar el drama? No lo creemos: resplandece en todo su vigor y plenitud: pues lo que pone la Providencia á los actos de D. Fernando es la ocasion: lo que hace con sus delitos, es quitarles lo que más los agrava, la premeditacion.

Es y tiene que ser el Tejedor dos sujetos: Fernando Ramirez el noble y Pedro Alonso el plebeyo; y unir estas dos vidas, y desenvolver estos dos caracteres. Semejante el del noble á todos los de su tiempo y clase, no ha menester particular exámen: quien lo requiere detenido es el Tejedor de Segovia.

El título de superioridad con que en la cárcel se capta la voluntad de sus compañeros y se les impone, no puede ser más legítimo y natural: el valor bárbaro de que da varias muestras presidiarias, si se me permite decirlo así, y que recuerdan los siguientes versos:

DON FERNANDO.

¿ Tiene alguno
De vosotros un cuchillo?

CAMACHO.

Yo le tengo: véisle aquí. (Sácalo.)

DON FERNANDO.

Pues en la cabeza, amigo,
Me dad una cuchillada:
Y fingiendo que he caído
De esa escalera, mi intento
Con este medio consigo,
Pues luego en la enfermería
Me han de poner..... Acabad,
Que el golpe espero.

.....
¡Pese á mí! Si tengo dientes
¿Por qué busco otro remedio?
Dos dedos ¿han de estorbar
Que se libre todo el cuerpo?

.....
Quien de la hazaña que emprendo
Desistiere, se imagine
Con éste á mis manos muerto.
.....

Enfermo
No ha de quedar, aunque esté
Oleado ya, que de ello
Pueda hacer la relacion.
Salga vivo ó quede muerto
Quien no pudiese seguirnos.

Esta es la verdadera moral del lugar y de las circunstancias.

Escápase: pero vuelto á prender y maniatado con unas cuerdas, para quemarlas, llégase, de espalda, á una luz que hay sobre una mesa, y dice:

Que miéntras hablan, dispongo
Que el fuego de este velon
Me dé remedio piadoso,
Aunque las manos me abraze:
.....

Y es bien de notar aquí para contraste y complemento de este carácter, la terneza y halago con que dice:

Tú, Teodora,
¿ Hallas te bien, salteadora?
Pero acostumbrada estás
Á robos de más valor.
Preguntáselo á tus ojos
Á quien rinde por despojos
Almas y vidas amor.

Y el superior y verdaderamente levantado juicio con que aprecia el ministerio del alguacil, á pesar de lo impopular y odioso que ha sido siempre, y de lo antipático que á él personalmente debia serle, por la situacion excepcional en que se encontraba:

CAMACHO.

Este fué
La ocasion de mi desdicha,
Que él me prendió.

DON FERNANDO.

Si su oficio
Ejerció como justicia,
No te hizo agravio en prenderte,
Ni con razon le castigas.

CAMACHO.

¿No basta ser alguacil?

DON FERNANDO.

No basta, ántes me fastidian
Los que de oficio aborrecen
A los ministros. Por dicha
¿No ha de haberlos? ¿No han de serlo
Hombres? ¿Acaso querias
Que no haya algunos que prendan,
Cuando hay tantos que delincan?

Hemos visto al hombre de corazon: veamos al hombre
de cabeza, puesto que cabeza llega á ser de los que, á sus
órdenes, van á arrostrar todo linaje de peligros.

DON FERNANDO.

Pero amigos, advertid,
Que en la guerra es vencedor
Más el orden, que el valor;
Más que la fuerza, el ardid.

.....
Me parece que ocupeis
Toda la sierra esparcidos
En cuadrillas, divididos
Cinco á cinco y seis á seis.
Distantes en proporcion
Que unos á otros oyais,
Porque ayudaros podais,
Si lo pide la ocasion:
De suerte, que en cualquier lance,
Solo parezcan aquellos
Que basten, á que con ellos
Lo que se emprenda, se alcance.
.....

El resto de la vida del Tejedor corresponde al caballero
y sobrados tipos hay, en el Teatro de Alarcon, de la conducta
que seguian en todos los lances de honra, cuya solucion en-
comendaban á su acero.

No hay quien brille al lado de Fernando, á no ser Teo-
dora, que fugada con él, y participe de su azarosa suerte,
participa tambien de sus hazañosas cualidades. Algo, á mi
juicio, las violenta y exagera, para libertarle de las manos del
Conde, en que por segunda vez ha caido. Sin insultar al Te-
jedor y amenazarle y coger la espada para matarle, pudo
significar y persuadir á los dos el cambio radical que habia
sufrido su corazon. No hay que esforzarse tanto para hacer
verosímil la infidelidad de una mujer, y más cuando es un
hombre oscuro el agraviado y un magnate el favorecido. Y
si se nos objetára que á tal extremo y violencia necesitaba
llegar para iludir á los enemigos de su amante, y proveerle
de una arma con que recobrar su libertad, contestaremos
que un hombre tan arrojado como el Tejedor, aún inerte
pudo y debió acometer á su rival, que nada tenia de va-
liente, ó á cualquiera de sus criados: en fin, él pudo hacer
por arrojo, lo mismo que ella hizo por sorpresa.

El diálogo en que el Marqués reprende á su hijo entre
otros desmanes y atropellos, el de haber querido quitar su
dama á Pedro Alonso, está calcado sobre el del Padre y el
Hijo en *La verdad sospechosa*. Es á veces tan literal imi-
tacion que nos le recuerda involuntariamente.

Gracioso, cínico y picante es el estado social que pinta y
deplora el alguacil, como contrario á sus intereses, cuando
le dicen:

DON FERNANDO.

Pues ¿no has hurtado estos dias?

ALGUACIL.

Anda muy corto el oficio:
Que está la corte perdida:
Sólo delinquen los pobres:
No peca la gente rica, &c.

Historia verdaderamente chistosa, y de sumo gracejo sazonzada, es la que Chichon atribuye á su nombre: pero excede con mucho el límite de lo que permite la moral y de lo que tolera el público en nuestros dias. Nosotros uno á uno y en nuestro oscuro hogar, podremos ser tan licenciosos ó más que nuestros padres: pero cuando nos juntamos, aún para divertir los cuidados, pedimos más decoro y más respeto para la sociedad que componemos: toda expresion deshonestá ó mal sonante nos ofende y avergüenza, cual si la hubiésemos proferido nosotros. Esa alarma dice algo en favor del adelanto de nuestra vida moral: al menos vamos aprendiendo á respetar el derecho de los demas, bajo la forma del pudor.

Algo hay de inverosímil en que Garceran encuentre á Pedro Alonso bastante semejanza con Fernando Ramirez para recordársele y no para reconocerle, despues de haber sido tan estrechamente amigos; y en que el mismo Fernando tampoco reconozca á su hermana; pero como han estado sin verse siete años, y han sufrido y naturalmente cambiado, y además son estas, dificultades que pudieran muy bien zanjarse en la ejecucion de la pieza dramática, no nos atrevemos á condenarlas por inverosimilitudes absolutas.

La índole del pensamiento generador del drama hace que no sea tan compacto y uno, como el de otras comedias que hemos analizado. Los amores de D. Garceran y Doña Ana no se encarnan tan íntima, precisa y cabalmente á la accion que no pudiera pasarse sin ellos: y sabido es que todos los personajes y su respectivo movimiento han de contribuir con más ó ménos fuerza al que la obra dramática necesita, puesto que le daña, tanto la falta de algo que la robustezca, como la sobra de algo que la debilite.

Sin embargo, la presente siempre ha inspirado interes y ha sido popular: ofrece dos facés simpáticas á ese instinto de democracia altiva que distingue al carácter español, permitiéndole conciliar ideas y sentimientos contrarios. Así, primero nos agrada encontrar un hombre del pueblo, un artesano tan superior moralmente al Conde que le persigue: y

luego, nos agrada tambien saber que el artesano era un hidalgo, en cuya clase se vinculaban entónces toda suerte de gallardías.

Agrégase á esto que el héroe unia al esfuerzo de su brazo la bravura de su corazon: ¿ cómo no atraerse los aplausos de los hijos de esta tierra, donde nacieron el Cid y Guzman el Bueno ?

EL EXÁMEN DE MARIDOS.